

DECANO FUNDADOR de la Facultad de Ingeniería Eléctrica de la UIS, don Hernando Pardo Ordóñez es recordado en Bucaramanga como un caballero a carta cabal, cuyo don de gentes y sabiduría lo hacía imprescindible en varias tertulias de amigos. Los siguientes apuntes sobre los primeros rectores de la UIS, a quienes acompañó y conoció personalmente, están matizados por su pluma afectuosa y por la generosidad de su espíritu.

Para comprender el mérito de una obra es importante tener conocimiento de los antecedentes que justificaron su creación y ver cómo se fue madurando la solución de un problema, y obviando las dificultades hasta lograr la satisfacción a una necesidad. Nuestra universidad, que ostenta con el orgullo el nombre del departamento que le dio origen, fue el fruto de un movimiento regional que poco a poco se vino gestando, inicialmente como una esperanza utópica por gentes visionarias, pero que solamente tomó forma definitiva hacia el decenio de 1940.

Santander, tierra convulsionada por las luchas políticas, recibió el siglo XX con la tremenda batalla de Palonegro, medio año después de comenzada la guerra de los Mil Días. La batalla aseguró el gobierno conservador, pero no derrotó definitivamente a los liberales. Santander era una zona económicamente deprimida, donde surgía una nueva juventud en reemplazo de la sacrificada en los campos de batalla. Tan solo existía la educación primaria obligatoria. En cuanto a la secundaria, además de la Escuela de Artes y Oficios de Bucaramanga y del Colegio de San Pedro Claver, que dirigían los jesuitas, solo existían el Colegio Santo Tomás de Aquino que fue reorganizado en Zapatoca

durante el año 1923 por los frailes dominicos, y el Colegio San José de Guantáná, regentado por los Hermanos Cristianos en San Gil desde 1924.

Algunos colegios de provincia tenían hasta tercero de secundaria. Los jóvenes que deseaban terminar bachillerato tenían que desplazarse a estas poblaciones y los que querían seguir una carrera se veían obligados a viajar a Bogotá durante varios días, a lomo de caballo, por los tortuosos caminos de la cordillera oriental, o por la vía fluvial del Magdalena, para graduarse en una de las tres carreras académicas: medicina, ingeniería o derecho. Vale decir que solamente tenían acceso a los claustros universitarios quienes contaran con suficientes recursos económicos, y por ese motivo nuestra juventud miraba con pesimismo el porvenir, porque Santander quedaría limitado a la pobreza si sus habitantes no se preparaban para afrontarlo creando nuevas fuentes de trabajo.

El análisis era claro: la agricultura en una región montañosa sin posibilidades de mecanización no era una solución. La ganadería en parte lo sería cuando se abrieran vías hacia el valle del Magdalena, pero la meta debía ser la industrialización, porque se contaba con excelente mano de obra, fácil transporte a Paz de Río, de donde vendría parte de la materia prima y, para los com-

“Nos pareció más importante la adquisición de los terrenos donde tendría que funcionar la institución para darle un cuerpo tangible”.



bustibles, la vecindad de las petroleras de Barrancabermeja que pronto quedaría conectada a Bucaramanga por una carretera.

Era evidente que la equidistancia de Bucaramanga a la frontera con Venezuela, a la capital de la República y a la costa Atlántica le daba una posición privilegiada de polo de desarrollo en el Oriente colombiano. Todos estos factores estimulaban la ansiedad por la llegada de una revolución industrial como lo había sido en el pasado siglo en el viejo mundo. Un conferencista alemán comentaba: “La revolución industrial ha sido para Europa la etapa más importante de su desarrollo, pero habría resultado inútil sin la preparación técnica de sus dirigentes”. Estábamos *ad portas* de un posible cambio que requería además de la mano de obra calificada, la energía eléctrica y los recursos financieros, así como de una sólida preparación técnica e intelectual de los futuros dirigentes y profesionales para afrontar el reto.

Así lo analizaban hacia la década de 1930 las gentes visionarias de nuestro departamento, y a su cabeza, como precursor, se destacaba el doctor Mario Galán Gómez, quien como director de Educación y posteriormente desde su curul de diputado en la Asamblea Departamental llevaba a cabo una labor de persuasión para crear un movimiento regional en favor de la educación técnica universitaria. Como feliz circunstancia, a esto se añadía la presencia del eminente profesor español Julio Álvarez Cerón, quien convencido de esta idea brindó invaluable apoyo a la causa iniciada por el doctor Galán Gómez.

Era sin duda una ardua tarea, porque con anterioridad grandes iniciativas industriales habían fracasado en nuestro medio por la carencia de los elementos necesarios. Fue así como los señores Koppel, al fundar una industria Cervera en la población de El Socorro, no sobrevivieron como industriales y se trasladaron a Bogotá, donde encontraron ayuda financiera, energía eléctrica y un personal mejor preparado, y además un in-

agotable potencial de consumo. Algo similar ocurrió con la fábrica de hilados y tejidos de Suaita fundada por el doctor Lucas Caballero. A esto se añadía que el incipiente espíritu de asociación se había visto castigado por el fracaso de la Compañía de la Mutualidad, entidad que, habiendo logrado aglutinar a los ahorradores, se orientaba hacia las inversiones en finca raíz, y al ser sorprendida por la crisis del año 1930, por falta de un oportuno apoyo oficial que le permitiera superar sus dificultades económicas debió ser liquidada con detrimento de inversionistas y cuentahabientes, y los santandereanos volvían a refugiarse en su individualismo.

Los antioqueños nos habían tomado la delantera, contaban con un importante centro universitario, iniciaban la explotación de su potencial hidroeléctrico con la Central de Guadalupe y su temperamento aventurero los llevaba a hacer planes para crear desarrollos importantes que les permitieran convertirse en los líderes de la industria nacional, gracias a su espíritu de asociación empresarial.

En Santander se vislumbraba la reversión de los petróleos y de la refinería de Barrancabermeja, que debería llevarse a cabo hacia el año de 1951, como una nueva esperanza para la ocupación de técnicos de diversas especialidades a cuyo cuidado estaría el buen resultado de la nueva empresa nacional. Era imperativo sentar las bases de una infraestructura que tanto en la parte técnica como en la administrativa estuvieran manejadas por gentes especializadas. La terminación de los ferrocarriles, tanto el de Antioquia como el de Wilches, abrían una nueva vía a los jóvenes santandereanos para el estudio universitario en la Escuela de Minas y en la Universidad Pontificia de Medellín. Allí se graduaron buena parte de los futuros profesores fundadores de la UIS: Nicanor Pinzón Neira, Luis Aurelio Díaz, Lelio Martínez Villalba, Manuel Reyes Cancino, Alfonso Penagos Mantilla y Julio Obregón Bueno. Pero esto no era suficiente para

satisfacer las necesidades educativas a nivel universitario, y la solución definitiva era la creación de una universidad propia en nuestro departamento.

Así llegamos al cuarto decenio del siglo veinte, que habría de ser definitivo para la gestación y nacimiento de un centro universitario en el departamento de Santander. En la Asamblea Departamental fueron presentados varios proyectos de ordenanzas en este sentido desde mediados de 1940, pero no se contaba con los recursos suficientes para que la entidad tuviera vida propia. Así vemos que solo el 30 de diciembre de 1947, cuando fue aprobada la ordenanza número 30, su período de gestación se hizo real. Seguirían los decretos reglamentarios para darle nacimiento no solamente como ente jurídico, sino como organización operativa con los elementos necesarios para el desarrollo de sus actividades.

El ambiente político que había sido agitado durante los años anteriores se tornaba favorable. Llegaba a la gobernación el distinguido hombre de letras, gran ciudadano y caballero doctor Rafael Ortiz González, quien logró un buen entendimiento con la Asamblea Departamental. Don Gustavo Cote Uribe, junto con otros diputados, presentó con éxito el proyecto de la ordenanza que hemos mencionado, y por intermedio del doctor Luis Castellanos Tapias, quien actuaba como secretario de Hacienda Departamental, fue posible la creación de impuestos que, independientemente de las precarias finanzas seccionales, pudieran asegurar su funcionamiento.

El primero de marzo de 1948 se daba comienzo a la labor docente en forma provisional dentro de los locales del Instituto Industrial Dámaso Zapata. Se hizo una ceremonia con la presencia del gobernador y sus secretarios, del general Hoyos como comandante de la Quinta Brigada, del doctor Nicanor Pinzón Neira, quien había sido nombrado rector, y de un pequeño grupo de

profesores y alumnos, y se fijó la fecha como el punto de partida de la UIS.

Realmente las labores de enseñanza comenzaron en firme al año siguiente, cuando se matricularon quince alumnos, y en igual número se conformó el cuerpo de profesores con local situado frente a la fuente del Estadio en la calle 14. Fue nombrado un Consejo Directivo compuesto por el rector, los señores Ramiro Blanco Suárez y Carlos B. Rey en representación de la Asamblea Departamental, el padre Giraldo como rector del Colegio de San Pedro Claver, el doctor Julio Álvarez Cerón como director del Instituto Industrial Dámaso Zapata, y los ingenieros Alfonso Penagos Mantilla, Lelio Martínez Villalba y Hernando Pardo Ordóñez como decanos de las Facultades de Mecánica, Química y Electricidad, respectivamente. Actuaba como secretario don Marco A. Arenas Buenahora y como asesor jurídico el doctor Jorge Sánchez Camacho.

Por ser esta tal vez la primera universidad de carácter técnico en el país, las gentes no comprendían su importancia, porque hasta ese momento solo se consideraban profesionales a los médicos, los abogados y los ingenieros civiles. Toda variación daba lugar a confusiones, a pesar de que en la Universidad Pontificia de Medellín ya existía la especialidad de ingeniería química. Aquí el Instituto Dámaso Zapata expedía títulos de técnicos electricistas y mecánicos, y no comprendían por qué un egresado tuviera que reingresar a primer año en la UIS.

Por ser esta tal vez la primera universidad de carácter técnico en el país, las gentes no comprendían su importancia, porque hasta ese momento solo se consideraban profesionales a los médicos, los abogados y los ingenieros civiles.

La Universidad recibió un auxilio departamental de doscientos cincuenta mil pesos con destinación específica para los laboratorios de química y electricidad. Quienes integrábamos el Consejo Directivo, poco expertos en asuntos oficiales, consideramos que durante los años básicos, principalmente teóricos, no eran indispensables los laboratorios, máxime cuando contábamos por el momento con los del Instituto Industrial. Nos pareció más importante la adquisición de los terrenos donde tendría que funcionar la institución para darle un cuerpo tangible, y aprovechar que esos terrenos eran de poco valor. Ingenualmente propusimos y llevamos a cabo esta inversión para comprarle a la señora Navas de Acevedo cerca de sesenta hectáreas a 40 centavos metro cuadrado. Cuando oficialmente se conoció esta negociación fuimos acusados de peculado, pero gracias a la oportuna actuación de nuestro asesor jurídico y la buena voluntad de la Asamblea Departamental para cambiarle la destinación del auxilio, no fuimos a parar a la cárcel los honorables miembros del Consejo Directivo de la UIS.

El ingeniero Nicanor Pinzón Neira inició con gran entusiasmo labores en una casa de dos pisos frente a la fuente del Estadio, como ya se dijo. Con su simpatía personal logró convencer a un grupo de profesionales para que le colaboráramos en esta “quijotada”. De tiempo completo había sola-

mente un profesor, el ingeniero español José Álvarez Cerón, hermano de Julio, rector del Instituto Industrial Dámaso Zapata. Los demás éramos lo que pudiera calificarse como asistentes, con una remuneración horaria que alcanzaba a cubrir el valor del transporte en taxi. Realmente trabajábamos *ad honorem*, tanto profesores como decanos.

El secretario general fue don Marco A. Arenas Buenahora, la secretaria doña Carmen Sofía Arenas Hederich y la mecanógrafa Betty Gómez. Las labores de celaduría estaban a cargo de los alumnos que vivían dentro de la misma casa.

Fuimos calificados como profesores fundadores y condecorados como tales en la celebración de los veinticinco años: José y Julio Álvarez Cerón, Antonio H. Prada, Saulo Barrera Parra, Gilberto Arias Phillips, Luis Aurelio Díaz, Ciro A. Duarte, José Antonio Parra, Roberto Pérez Bretón, Antonio Pinto P., Daniel Ramírez L., Germán Téllez, Jorge Saravia Nieto, Hernando Pardo Ordóñez y como primer rector Nicanor Pinzón Neira, en total quince para atender la enseñanza de quince alumnos procedentes de Santander, Cesar y Magdalena.

El doctor Nicanor Pinzón Neira, primer rector de la Universidad Industrial de Santander, había recibido el título de bachiller hacia el año 1929 en el Colegio de San José de Guanentá en San Gil. Viajó con un grupo de jóvenes santandereanos a Medellín para matricularse en la Escuela de Minas y seguir la carrera de ingeniería civil. Culminó con éxito sus estudios en 1935 y se fue a trabajar a Zipaquirá como administrador de la Planta de Soda. Durante muchos años realizó magnífica labor en esta y otras industrias, y posteriormente, atraído por la aventura romántica de darle a Santander una universidad, viajó a Bucaramanga movido por la fuerza de un ideal, y entró en contacto con las personas que habían venido madurando la idea y culminaban su gestación con la aprobación por parte de la Asamblea Departamental de la ordenanza número 30 de 1947.

De tiempo completo había solamente un profesor, el ingeniero español José Álvarez Cerón [...] los demás éramos lo que pudiera calificarse como asistentes, con una remuneración horaria que alcanzaba a cubrir el valor del transporte en taxi. Realmente trabajábamos *ad honorem*, tanto profesores como decanos.

Conocí al doctor Pinzón Neira cuando era estudiante en el Guanentá. Llegó de su pueblo natal, Guapotá, cargado de ilusiones como todos los jóvenes que en esa época aspirábamos a seguir estudios secundarios, pero no teníamos posibilidades en nuestros pueblos de origen. Solamente Bucaramanga, San Gil y Zapatoca gozaban de este privilegio.

En efecto, los sangileños habían logrado con gran esfuerzo reorganizar el colegio, y mediante un contrato con los Hermanos de las Escuelas Cristianas iniciaban actividades bajo la dirección del hermano francés Idinael, y con el establecimiento de un internado donde debíamos permanecer día y noche sin salir a la calle. Numerosos grupos de estudiantes procedentes de Bucaramanga, de la provincia de García Rovira y de las poblaciones del sur del departamento nos desplazábamos a lomo de caballo por los tortuosos caminos de nuestra topografía. De allí salieron bachilleres que con el correr de los años fueron personajes importantes, como el historiador Horacio Rodríguez Plata, el doctor Pedro Manuel Arenas, gobernador y posteriormente ministro de estado, el doctor Mario Latorre, igualmente gobernador y político de gran altura, los generales Gómez Arenas, coterráneos del doctor Pinzón Neira, para mencionar solamente algunos de una pléyade de profesionales entre los cuales estaba como líder estudiantil el futuro primer rector de la UIS.

El paso del doctor Pinzón Neira por la UIS fue solamente de 18 meses, pero le correspondió dar nacimiento a la institución y guiarla en sus primeros pasos que sin duda fueron muy difíciles pero que con acierto sentó las bases de una importante estructura educativa. Al renunciar a la rectoría de la UIS el doctor Nicanor Pinzón Neira, en octubre

de 1948, quedó en su reemplazo hasta finalizar el año el secretario general, don Marco A. Arenas Buenahora, y para inicios del año 1949 ejerció el cargo el doctor Luis Castellanos Tapias, oriundo de Molagavita, población de la provincia de García Rovira, quien se desempeñó con buen éxito en sus labores hasta fines de 1950. Había hecho estudios secundarios en el Colegio Santander y se había recibido como abogado especializado en economía en el Externado de Colombia.

El número de alumnos había aumentado y fue necesario el traslado a una casa de mayor capacidad. En una amplia edificación llamada Casa de las Nigrinis, situada en la parte baja de la ciudad, se instalaron aulas y oficinas. El personal docente disponible en Bucaramanga por razón de las especialidades era escaso, y se pensó en importar profesores de los países europeos; pero al terminar el doctor Hernando Sorzano González su mandato como gobernador, dio a la Asamblea Departamental un informe desfavorable sobre la marcha de la universidad, la que consideraba costosa y proponía abolirla. Pero para no perjudicar a los alumnos comprometidos propuso que se crearan becas en el exterior para los más aventajados.

La Asamblea creó dos becas, pero continuó apoyando la universidad, que se hallaba en dificultades económicas. Nombró rector al doctor Julio Álvarez Cerón, quien acertadamente quiso vincular a la Nación en esta empresa y le formuló al doctor Roberto Urdaneta Arbeláez una invitación para darle a conocer la obra realizada y concederle el título Honoris Causa. En esta forma logró el apoyo por medio de auxilios nacionales que le permitieron a la Universidad la estabilidad económica necesaria para realizar los planes de desarrollo que se habían planeado. *